

¿Qué tendrá la Virgen que todas las artes bellas crean cuando la miran? La literatura le ha dedicado sus páginas más líricas; no hay poeta legítimo que no se haga estrofecillo ante María; la pintura ha hablado de la Virgen con su lenguaje plástico y los músicos de todos los tiempos plasmaron su inspiración, con acantos admirativos, en el pentagrama, en su honor.

Si las artes sólo se expresaron ante la belleza, ¿qué arte admitiría que la de María sea tan diferente? ¿Qué arte que ha vivido a pinocles y plumas con el siglo a través de los siglos.

Los que están familiarizados con la historia espiritual de Occidente, conocen, seguramente, el hondo y vital influjo que ha tenido la devoción a la Virgen en la educación de Europa, sobre la mentalidad, costumbres

**Discurso de Ingreso en la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes del numerario Manuel Mora Mazorriaga, leído por su autor en la sesión pública del día 31 de mayo de 1979.**

delas más bellas, más nobles y amables del espíritu cristiano, que es como decir lo más expurgado y bello de esta cultura, selectivamente llama- da «Occidental» y que es esencialmente cristiana.

Entendamos, pues, que nuestro trabajo habla que orientado hacia una explicación y proyección en el arte de todo lo que ha estado y toda esa teología mutua, como expresión de una

propia afirmación y creación de la civilización posterior de María en

Señores académicos:

Ante todo deseo expresar mi cordialísima gratitud a esta Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, por haber tenido la gentileza de incluirme en su nómina de numerarios, designación que bien puede atribuirse a la generosidad de espíritu de los señores académicos de esta docta Corporación.

Cumplido, y muy gustosamente, este deber de obligada cortesía, paso a entrar en el tema de mi trabajo, que elegí impulsado por el agradecimiento, pues escribiendo en un periódico de la Virgen y para la Virgen, Ella, señores académicos, fue en definitiva quien les hizo ver en mí unos méritos que creo inexistentes.

Sería, pues, caer en ingratitud, no dedicar este discurso a la que tantos favores me ha dispensado y me dispensa.

¿Qué tendrá la Virgen que todas las artes bellas exultan cuando la miran? La literatura le ha dedicado sus páginas más líricas; no hay poeta legítimo que no se haya estremecido ante María; la pintura ha hablado de la Virgen con su lenguaje plástico y los músicos de todos los tiempos plasmaron su inspiración, con acentos admirativos, en el pentagrama, en su honor.

Si las artes sólo se estremecen ante la belleza, habrá que admitir que la de María tiene tal dimensión que explica la sensibilización que ha movido a pinceles y plumas con tan inefable acierto a través de los siglos.

Los que están familiarizados con la historia espiritual de Occidente, conocen, seguramente, el hondo y vital influjo que ha tenido la devoción a la Virgen en la educación de Europa, sobre la mentalidad, costumbres y, en una palabra, sobre su cultura.

Del culto y devoción a nuestra Señora han brotado las flores más delicadas, más bellas, más nobles y amables del espíritu cristiano, que es como decir lo más exquisito y bello de esta cultura, afectadamente llamada «Occidental» y que es sencillamente cristiana.

Entendemos, pues, que nuestro trabajo habrá que orientarlo hacia una explicación y proyección en el arte de todo ese rico contenido, de toda esa teología mariana, como expresión de una universal, constante y popular afirmación y creencia de la privilegiada posición de María en nuestro cristianismo católico español.

Nadie ignora la profunda y definitiva influencia del arte en la expresión y afirmación de los grandes ideales de los pueblos. Y esto es totalmente válido tratándose del hecho religioso y en concreto del hecho religioso cristiano. El arte, en sus distintas manifestaciones, pero más especialmente en la pintura, imaginería y en la música religiosa, contribuyó muy poderosamente a afirmar la fe y fomentar los sentimientos cristianos, al mismo tiempo que era magnífica expresión, exponente y prueba de los mismos en aumento desde los comienzos de nuestra fe; desde los ingenuos y primitivos balbuceos del arte cristiano en las catacumbas, de tal manera compenetrado, relacionando las creencias y sus expresiones artísticas a lo largo de la Historia de los siglos cristianos, que se puede afirmar como tesis incuestionable que el arte religioso cristiano, tomado en su conjunto,

es verdadera teología cristiana estética; verdadera proyección artística de todos los dogmas cristianos, de todas las creencias piadosas de nuestro pueblo. Y esto que es válido para la Iglesia universal, para la historia religiosa cristiana de nuestra España es algo totalmente definitivo, como hecho histórico incuestionable.

En esa rica, pluriforme y espléndida producción artística, España tradujo de un modo tan genial como insuperable el poema sonoro de su fe, de sus creencias, el caudal fervoroso e inagotable de su piedad. Y no sería ocioso afirmar que esa santa teología, vivida y expresada en su magnífico arte religioso, ha sido consecuencia e influencia de ese «sensus Ecclesiae», de ese sagrado instinto insuflado en el alma creyente española por el Espíritu Santo, divino motor de la fe, que impulsó, capacitándolo de un poder de creatividad sorprendente, a llevar su fe, su vigoroso impulso religioso, a las manifestaciones estéticas de toda su vida.

Ciertamente la inteligencia del hombre aspira a la posesión y conquista de la Verdad, de toda la Verdad; y el corazón del hombre a la posesión y al goce del Bien. Verdad y Bien no abstractos sino reales. Pero también en el espíritu humano hay una misteriosa facultad e instinto estéticos, que literalmente le arrastran, cautivan y hechizan ante el misterioso influjo, ante la inesquivable invitación y llamada de la belleza, en la que el hombre adivina el esplendor de la suprema concreción de la Verdad y el Bien, la absoluta y acabada expresión de lo verdadero y lo bueno ¡splendor veri! En ello por lo mismo ve cifrados, contempla y vive sus sueños y anhelos de inmortalidad y bienaventuranza. Y así la Religión, estructura de la Verdad y el Bien absolutos, transcendentales y sustanciales, Dios mismo, proyectada como Luz sobre los hombres, Luz orientadora para conducirlos y guiarlos a la posesión inefable beatificadora de esa Verdad y ese Bien personificados, sustanciados en un Dios Amor; forzosamente deberían tener una arrolladora irradiación de realidad y prestigio estético-artístico.

Por eso las artes llamadas bellas, en especial la pintura y la escultura, también la música, han sido preciosos instrumentos de expresión estética cultural para manifestar en variadísimas formas bellas todo ese mundo sublime de ideales que el hombre columbra que debe existir, en su plenitud ontológica, más allá del tiempo y del espacio, pero que a través del tiempo y del espacio, del cosmos con sus bellas realidades creadas, asedia con su influencia divina, corazón y mente humanos, con una irresistible,

invitante y renovada llamada que deja el corazón —como dijo San Agustín— anhelante y desasosegado hasta que no consiga aquella posesión.

Y así como Sol y Luna misteriosamente mueven las grandes pleamares oceánicas, así también la suprema Belleza sustancial, Dios, continuamente expolea y mueve los anhelos más nobles, las grandes pleamares de aspiración a la dicha del corazón.

Y abundando en la relación tan natural que existe entre Religión y Bellas Artes, podemos decir que ha sido una necesidad de expresión como espejo de vida esperitual religiosa; y por lo mismo como poderoso recurso y ayuda para el fomento y bella pedagogía de la piedad.

Y esto puede afirmarse de todas las religiones, pues siempre lo religioso nos habla de los mejores ideales culturales, de los más nobles y hondos anhelos de infinito, de liberación, de perfección, de felicidad del hombre, como demuestra la historia del arte desde el prehistórico y luego en su ascendente evolución y perfeccionamiento culturales, el arte de todas las civilizaciones que tiene una culminación espléndida en el arte clásico griego y romano, sin olvidar el arte africano y precolombino del nuevo mundo.

Por eso, nuestra religión cristiana que se sabe consciente en posesión de la Verdad y el Bien, de la Belleza supremos, posesión garantizada por la revelación divina, habría de desenvolver de un modo, diríamos, insuperable, la irradiación de su tesoro sagrado con todos los recursos de la expresión artística, alcanzando a lo largo de los siglos cristianos metas de una creatividad genial tan altas y logradas, que podemos afirmar sin asomo de hipérbole, que las obras capitales del arte cristiano no sólo resisten con ventaja a todas las confrontaciones, sino que por nadie ha sido superado jamás.

Y el arte cristiano no se explica simplemente por un mero dinamismo artístico cultural, por una mera, aunque legítima, satisfacción estética, sino como magnífico instrumento de pedagogía religiosa, para que expresando toda esa riqueza inagotable de los dogmas, de sus símbolos, de sus divinas realidades sobrenaturales, siempre envueltas en un nimbo de misterio, y trascendiendo el alcance y la experiencia de los sentidos, el pueblo cristiano, por ese medio tan social y objetivo, por esa magia cautivadora de

la representación artística, se moviera más fácilmente, más rendidamente, a las santas exigencias de su fe y su piedad.

Pues constando el hombre de cuerpo y alma, inmerso en un mundo sensible material de formas y colores y experiencias fenoménicas, y contando por lo mismo, por ese gran factor condicionante de su actividad espiritual y moral: es decir, con sensibilidad, factor por otra parte ambivalente, para el bien en primer término, pero en un precario equilibrio para el deslizamiento hacia el mal, el arte religioso podía ser sin duda, un factor de equilibrio y de elevación estética.

Y para no desaforar ni desorbitar el planteamiento de nuestro asunto y tema, tal vez no esté fuera de lugar hacer la siguiente consideración: la Iglesia sabe que el arte de por sí no es prueba teológica que corrobore nuestra dogmática. Pues la bellas artes no pertenecen a los medios ordinarios de la tradición eclesiástica; ya que de todos los instrumentos que emplea el hombre para expresar sus conceptos, ninguno deja y permite tanta libertad de imaginación y concepción como las artes plásticas. Y aunque la Iglesia veló siempre para que los artistas no se desviaran en sus realizaciones artístico-religiosas de la doctrina católica y sus interpretaciones, al quedar plasmadas verdades, hechos o misterios de nuestra religión, tengamos con todo en cuenta que no todos fueron artistas geniales, ni aun excelentes; ni todos estuvieron tal vez bastante informados de las verdades de la fe.

Pero esto no obstante, y sobre todo sin generalizarlo, queda en pie que fueron en su conjunto testimonio admirable de sabiduría, documentación e ingenio, en la multitud de sus obras, en la plenitud doctrinal que manifestaban, y sobre todo, en la fidelidad con que bajo la tutela de la Iglesia, nuestros artistas cumplieron a lo largo de los siglos con su cometido de sensibilizar magníficamente el rico tesoro de nuestra fe en sus expresiones plásticas, revistiendo de un variado y muy rico ropaje estético nuestro sagrado tesoro dogmático y religioso. Y esta fidelidad, sobre todo con relación a la Liturgia, esta fuera de discusión y bien probado que nuestros artistas cristianos tomaron sus asuntos del magisterio docente cristiano, que siempre veló para que no se deformara la verdad, y para que su capa de libertad y licencia artística, no se introdujera algo menos conforme con la ortodoxia y dignidad de las creencias y la piedad. Y si por otra parte, nos fijamos en la plenitud dogmática e histórica, podemos afir-

mar que no hay verdad alguna ni hecho alguno de relieve de la historia de ambos Testamentos de la Sagrada Escritura, ni de la historia de la Iglesia y hagiografía de sus santos, que no haya sido por nuestros artistas maravillosamente representado y delicadamente ilustrado.

Sirva todo lo anteriormente dilucidado como una consideración previa y oportuna al llegar al punto y tema central de nuestro trabajo. Es decir, a las reproducciones o expresiones artísticas de todos aquellos aspectos relacionados con los dogmas, símbolos, etcétera, de María Santísima.

¡Qué panorama tan variado, espléndido, riquísimo y exquisitamente artístico se muestra a nuestra estética consideración, que nos autoriza a afirmar que todos estos recursos y técnicas del arte: gubias, pinceles, cincelos..., se empleaban con una reverente, ilusionada y amorosa porfía al servicio de una inspiración que diríamos angélica, como súmmun en las reproducciones artísticas plásticas de la Virgen María!

Y el hecho es perfectamente explicable para una conciencia cristiano-católica, recta y plenamente formada, y sobre todo, para un corazón cristiano agradecido y amante, que bien sabe lo que supone la presencia e influencia de María Santísima, en el mundo sobrenatural de su fe. La persona y vida de la Virgen, madre de Jesús y de la Iglesia, está tan íntimamente unida a la vida del Redentor y de todos los cristianos; tocan sus misterios tan directamente a lo más vivo y esencial de nuestra Religión, que desconocerlos, negarlos y aun simplemente minimizarlos, es como mutilar, arruinar, todo el sagrado sistema de nuestras creencias, como claramente quedó patente en las controversias cristológicas de los primeros siglos. Por eso es fácilmente comprensible que la sagrada persona de María, su vida, prerrogativas y misterios, y sus piadosas intercesiones a lo largo de los siglos cristianos a favor de sus hijos, hayan sido preferentemente objeto de nuestros artistas religiosos que pusieron sus mejores capacidades, inspiración y recursos de su arte para expresar la realidad sobrenatural inefable de María, con sus prerrogativas únicas y esas sus extraordinarias intervenciones.

Así no puede extrañarnos que la imagen de la Virgen María, ya en las catacumbas y en aquellos siglos primeros de cerrada persecución martirial, apareciese con tal profusión, que a pesar de las devastaciones de aquellos lugares sagrados, pueda contarse por miles.

Por eso el Concilio de Nicea pudo con todo el peso de su autoridad ecuménica definir: «La elaboración de las imágenes sagradas no es invención de los artistas, sino que es ley y tradición de la Iglesia guiada por el Espíritu Santo». Y refiriéndose en concreto a las imágenes de la Virgen, en escultura y pintura, podemos decir que ha sido una irrefrenable exigencia de veneración y amor que brotó espontáneamente del corazón de la Iglesia, bajo el sagrado impulso del Espíritu Santo, por el ministerio artístico de sus esculturas y pinturas cristianas, hacia la que Madre de Dios por dignación divina, nos fue regalada a nosotros como Madre de la Iglesia, poderoso recurso de pedagogía elevadora, llamada incisiva a las exigencias del espíritu, de educación religiosa integral, pues por este poderoso medio atractivo y subyugante de las artes bellas, viendo ante sus ojos expresados en formas múltiples y sugestivas las verdades de nuestra fe, no siempre fáciles a nuestra inteligencia, pudiera verse ayudado a comprender, retener y asimilar..., y, sobre todo, agradecer y amar.

Teniendo todo esto en cuenta, ¿quién podrá negar, y ni siquiera minusvalorar, la sabiduría y formación religiosa, el ingenio y capacidad artística, la poderosa inspiración y técnica... y, sobre todo, el reverencial y hondísimo y delicado respecto y sentido religioso, con que nuestros artistas cristianos, bajo la discreta y maternal tutela de la Iglesia, cumplieron insuperablemente en su conjunto este hermoso cometido?

Antes de pasar adelante deseamos aclarar que por la amplitud del tema elegido sólo vamos a ocuparnos —y no muy extensamente— de cómo ha inspirado María a pintores, músicos y poetas, sin entrar en el vastísimo campo de la imaginería mariana, pese a la importancia de sus valores estéticos, para que no resulte este trabajo desamiado largo.

### LA VIRGEN EN LA PINTURA

La mejor prueba de cómo inspira María a los pintores de todos los tiempos es la gran cantidad de lienzos que se le han dedicado. Camon Aznar, con su indiscutible autoridad, nos dice:

«No es posible una síntesis de la Virgen en la pintura, porque ello equivaldría a una historia completa de este arte.» Y añade «Desde las Catacumbas hasta Goya, todos los pinceles han cantado su gloria. Y los más delicados éxtasis y las interpretaciones más puras se han puesto al servicio

de su iconografía. En ella se han resumido los conceptos que de la belleza tiene cada cultura. Y toda la gama de efectos desde la ternura maternal hasta la tragedia pasional. Desde la solemnidad de las imágenes de la Alta Edad Media hasta las ascensiones por las nubes célicas de los arrebatos barrocos. Todos los matices de la feminidad virginal y de los dolores del Hijo martirizado. Gracia a su pintura el arte cristiano se halla situado siempre en el terreno de la gracia, con la belleza a la vez angélica y humana como su ideal».

Hemos de aclarar que no es nuestra intención realizar un análisis —por otra parte fuera de nuestro alcance— de la pintura de la Virgen, limitándonos a decir un poco sobre algunos pintores del Renacimiento y del Barroco.

Destacaremos, en primer lugar, la significación teológica de la pintura de María en la época románica, en la que se le concibe como trono de Dios; en la de los siglos siguientes, en la que predominan los valores maternales sobre los puramente teológicos y abstractos; los del prenuncio del Renacimiento que se advierten en Giotto, movimiento estético que alcanzaría su plenitud a mediados del siglo XVI.

Con el Renacimiento, el tema mariano experimenta uno de los cambios más radicales al evocar a María, no en su tragedia sino en su gracia. La Virgen aparece representada como criatura que condensaba todas las bellezas. Podemos decir que el Renacimiento es un inmenso cántico a la Virgen Madre y al Niño, figuras que nadie ha conjugado como Rafael.

El Renacimiento tuvo grandes resonancias en el arte mariano español. Muchos maestros de la época de Carlos V tratan temas marianos, en los que mezclan la tradición gótica con las novedades renacentistas, lo que dió por fruto en muchos casos, a un arte híbrido, falto de personalidad y de grandenza. El Renacimiento en su plenitud lo encontraremos, por fin, en Juan de Juanes, pintor que recoge las lecciones de los grandes maestros italianos.

En la segunda mitad del siglo XVI nos hallamos con la interpretación más patética y emocionada de los tiempos modernos, con la pintura de Morales, al que Palomino califica de «divino», no sabemos si por su arte o por el temario de sus cuadros.



Con el Greco alcanzamos una de las cimas asuncionistas, plasmada en el lienzo que se encuentra en el Museo de Toledo. El Greco ha tenido la fortuna de pintar el tema que latía en el fondo de sus cuadros anteriores.

Y con Ribera llegaremos a la Virgen más bella del siglo XVII: la Inmaculada de las Agustinas de Salamanca. No cabe imaginar una Virgen más irradiente de hermosura, más plena de conciencia de la grandeza maternal. Con ella consiguió Ribera, no ya la imagen más trascendental de la Virgen sino su mejor obra pictórica.

En Velázquez encontramos una dedicación mariana en su etapa juvenil. En 1617, a sus 18 años, inaugura su producción con temas marianos. Es el primero la Adoración de los Magos.

Frente a la apoteosis de este tema en Rubens y en los italianos, Velázquez, pinta una escena de naturalismo tan accesible que se salva por la maestría pictórica. La Virgen es tan real y vista, que se ha supuesto que es la mujer del pintor. Su Inmaculada Concepción de la Galería Nacional de Londres, también se data hacia 1617. Según los críticos más solventes, el encanto virginal de que se puede dotar a una niña lo ha vertido Velázquez en esta figura que indudablemente es un modelo vivo, y que todavía se encuentra menos idealizada que en la Virgen del Prado. Se intuye que el modelo sea la hija de Pacheco, también gran pintor de este tema, que nos ha dejado varias Inmaculadas. Debemos tener en cuenta que en este momento existe en España un gran fervor mariano en torno a este misterio.

Ya muy avanzado en su carrera artística, de nuevo vuelve Velázquez a tratar el tema mariano, tal vez en 1644. Es entonces cuando pinta para el oratorio de la reina un cuadro de la Coronación de la Virgen.

Uno de los grandes pintores barrocos españoles, si la muerte prematura no le hubiera cortado su carrera artística, es el gran maestro de la escuela inmaculista madrileña, José Antolinez. Otro representante de esta escuela madrileña —y quizás su representante más refinado— es Mateo Cerezo, cuyas imágenes de la Virgen participan en la técnica de Velázquez.

En la plenitud del XVII llegamos al que se ha considerado el pintor

más feliz de la Inmaculada: Bartolomé Esteban Murillo. Parece que toda la obra de este pintor se prepara para que en su ápice se encuentre la Inmaculada. Repite este tema sin que sus pinceles se fatiguen, encontrando siempre un motivo de glorificación de la Virgen. En el Museo del Prado hay cinco Inmaculadas suyas, cuatro en el de Sevilla y otras muchas en iglesias y museos. Todas ellas representan a la Virgen en una atmósfera luminosa, dorada, de luz angélica en donde florece el manto azul.

Como prototipo de estética barroca diferente a la española citaremos a Rubens, que representa el otro polo de la Contrarreforma. En este momento cuando la religión se ha hecho combativa y cuando hay un bélico sentimiento de oposición al luteranismo, es Rubens el que mejor encarna este espíritu.

Digamos, finalmente, con Camón Aznar, que un último reflejo de este barroquismo exaltado lo encontramos en Tiépolo, pintor de las grandes apoteosis célicas, cuyas Virgenes se hallan ascendidas en la gloria de la cúpulas. Y todo el cortejo de arquitecturas, nubes y ángeles son como los escalones para alcanzar su dignidad.

### LA VIRGEN EN LA MUSICA

Si María es la musa para los poetas, también lo es para los músicos. La historia lo testifica cada día y cada hora. Ellos plasmaron en el pentagrama el poema sonoro de su fe, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días.

Así desde las «Cantigas» de Alfonso X el Sabio, hasta la «Anunciación» de Joaquín Turina; desde el motete «Salve Regina» y la misa «Asunta est Maria», de Palestrina, hasta los «Salmos a la Virgen», «El cortejo de Nuestra Señora», y la misa a la Virgen de la Asunción, de Conrado del Campo.

El Ave María ha sido llevada al pentagrama por Gounod, Schubert, Brucker, Franz Liszt, Verdi —dos veces—, Arcadelt, Brahms, Koldaly y Serov; el «Staba Mater» por Pergolesi, Rossini, Palestrina, T. L. Victoria, Haydn, Verdi, Durak, Poulenc, Scarlatti, Boccherini y Serox A.; el «Magnificat», por Franz Liszt, Juan Sebastián Bach, Michua Obradovic, Orlando di Sasso y Mozart.

Masenet le dedicó una ópera en tres actos, titulada «El Juglar de la Señora»; Bach, una «Cantata», para solista, quinteto, órgano, clavecín y orquesta; César Franc, un duo titulado «La Virgen en el pesebre»; Monteverdi, una sonata para ocho instrumentos y una misa «Santísima Virgini»; Joaquín Des Pres, otra misa titulada «De Beata Virgine»; Iacopone da Todí, «Sanda», llanto de la Virgen; Haydn, «Salve Regina», a doce voces; Scarlatti, «La Virgen Dolorosa»; Verdi, «Laudes a la Virgen María»; mencionaremos también la «Ofrenda a la Santísima Virgen» de Conrado del Campo, que mereció el premio de la Academia de Alfonso X el Sabio, de Murcia, y por último diremos que igualmente le han dedicado varias composiciones —entre otros contemporáneos— Urteaga, Goicoechea, Otaño, Manzano, Villa, Moral León y Rodríguez López.

### LA VIRGEN EN LA POESÍA

Es difícil que haya un tema con más dimensión de poesía que éste de la Virgen. Nadie como María ha navegado tanto en el mar de la Belleza, tocando todas sus playas. Y la razón está en que la Virgen es la poesía misma. Como en Ella todo es belleza rítmica y acompasada, abrió a los poetas un horizonte infinito de inspiración, un orbe de hipérbolos y pìrropos.

Las Bellas Letras han dejado constancia eterna del amor universal a la Virgen y la poesía mariana ha nacido frondosa, formando una rica tradición en todos los países, acá y allá del océano, y resulta impresionante la interminable enumeración de la legión de poetas que han cantado a María.

Su figura, junto a la de Jesucristo, aparece con primores de miniatura en los libros de horas y en las obras de tradición mariana. Y en los poetas iniciadores de las grandes epopeyas cristianas. En Dante, encontrando en las puertas del Paraíso, a la Mujer, Virgen y Madre, como consuelo y culminación de aquel angustioso viaje emprendido con el poema favorito y continuado con la mujer ideal de su vida. En Patrarca, que al convertirse en cenizas el amor por la mujer amada en su propio corazón, eleva los ojos a la Virgen de Sol vestida, como en la metáfora apocalíptica, implorando no ya la piedad y consuelo, sino la transformación del recuerdo erótico en místico ideal, para no caer en la llama viva del autor del «Decamerone».

Con María —afirma José María Pemán— se levanta nuestra literatura romance y con María se acuesta. Los milagros de Berceo y los de Alfonso el Sabio hacen de «Pórtico de la Gloria» de nuestra poesía. Desde ese momento María es la «cercanía» de Dios. La «Faccendiera d'il Paraiso» (Atareada del Paraiso), que dijo Jacopone de Todi. Para salvar distancias tiene la sonrisa, la misericordia y la mediación. El Arcipreste de Hita, empeñado en meter en unidad aquel océano del medioevelismo que es su libro, nos da un sentido de perfil y de coherencia, poniéndole a aquel campo dos puertas y empezando y acabando el libro con trovas, gozos y loores de María. «Porque Santa María según que dicho fue —es comienzo y fin del bien, tal es mi fe— hícele cuatro canciones...».

«Y este ritmo del enciclopédico libro —añade Pemán— conserva el pensamiento mariano en el orden vital. Venerada antes de nacer, como una nube en el Monte Carmelo, después de tantos siglos es todavía un escapulario en la camiseta del marinero. Empezó como nube y acabó como un hilo que todavía tiene pendiente la masa y peso temporal de un mundo descreído. Como en el libro del Arcipreste, está en el principio y fin de nuestras letras. Cuando ya no quedan muchas cosas, Ella queda todavía. Todavía hay «anunciaciones», tan cándidas y cristalinas como las primeras, en Rubén Darío, en Juan Ramón Jiménez, en Miguel de Unamuno.»

Y la contemplación de la Virgen no se detiene y se encuentra en los versos de todos los poetas, quienes no dejan de adivinar sus rasgos y perfecciones.

De la abundosa lírica de María seleccionamos algunos poemas:

#### PEDRO CALDERON DE LA BARCA

¿Quién eres, ¡oh mujer!, que aunque rendida  
al parecer, al parecer postrada,  
no estás sino en los cielos enlazada  
no estás sino en la tierra preferida?

Pero ¿qué mucho si del Sol vestida,  
qué mucho, si de estrellas coronada,  
vienes de tantas luces ilustrada,  
vienes de tantos rayos guarnecida?

Cielo y tierra parece que, a primores,  
se compitieron con igual desvelo,  
mezcladas sus estrellas y sus flores;

para que en tí tuviesen tierra y cielo,  
con no sé qué lejanos resplandores  
de flor de Sol plantada en el Carmelo

PEDRO DE ESPINOSA

En turquesadas nubes y celajes  
están en los alcázares empireos  
con blancas hachas y con blancos cirios  
del sacro Dios los soberanos pajes:

Humean de mil suertes y linajes,  
entre amaranto y plateados lirios,  
inciensos indios y pebetes sirios,  
sobre alfombras de lazos y follajes.

Por manto el sol, la luna por chapines,  
llegó la Virgen a la empírea sala  
(visita que esperaba el cielo tanto):

echáronse a sus pies los serafines,  
cantáronle los angeles la gala,  
y sentola a su lado el Verbo Santo.

LOPE DE VEGA

Hermosa Virgen, si alabaros quiero  
por hermosa, por Virgen, por prudente,  
noble, humilde, magnánima, valiente,  
pues que en todo a todas os prefiero

Miro a Judit, sangriento el blanco acero  
y clavando de Sísara la frente;  
fuerte a Jael, a Débora elocuente,  
a la humilde Ester rendida a Asuero.

La gracia de Abisag, y la dulzura  
de Abigail, que un rey venció por ella,  
y de Raquel la cándida hermosura;

Pero ninguna tuvo, Virgen bella,  
después de ser más santa, honesta y pura,  
gozo de madre y honra de doncella.

JUAN RAMON JIMENEZ  
ANUNCIACION

¡Trasunto de cristal  
bello como un esmalte de ataujía!

Desde la galería  
esbelta, se veía  
el jardín. Y María  
virgen, tímida, plena  
de gracia, igual que una azucena,  
se doblaba al anuncio celestial.

Un vivo pajarillo  
volaba en una rosa.  
El alba era primorosa.  
Y, cual la luna matinal,  
se perdía en el sol nuevo y sencillo,  
el ala de Gabriel, blanco y triunfal.  
¡Memoria de cristal!

LUIS ROSALES

¡Morena por el sol de la alegría,  
mirada por la luz de la promesa,  
jardín donde la sangre vela y pesa;  
inmaculada Tú, Virgen María.

¿Qué arroyo te ha enseñado la armonía  
de tu paso sencillo, qué sorpresa  
de vuelo arrepentido y nieve ilesa,  
junto a tu manos en el alba fría?

¿Qué viento turba el monte y lo conmueve?  
Canta su gozo el alba desposada,  
calma su angustia el mar, antiguo y bueno.

La Virgen, a mirarle no se atreve,  
y el vuelo de su voz arrodillada  
canta al señor, que llora sobre el heno.

RAFAEL MONTESINOS

Salgo de esta madrugada  
medio loco y medio muerto.  
La Virgen dio el cielo abierto  
a su ciudad más amada.

Ay, María Inmaculada,  
niña guapa sin igual,  
a Dios no le sienta mal  
saberte la preferida.

¡Sevillana concebida  
sin pecado original!

JOSE MARIA PEMAN

Estaba la Dolorosa  
junto al leño de la cruz  
¡Qué alta palabra de luz!  
¡Qué manera tan graciosa  
de enseñarnos la preciosa  
lección de callar doliente!  
¡Tronaba el cielo rugiente!  
La tierra se estremecía.  
Bramaba el agua... María  
estaba, sencillamente.

JUAN SOCA

Dios te salve, Madre.  
Dios te salve, Reina.  
Corona del Cielo.

Blasón de la tierra.  
 Sol en mi camino.  
 Altar en mi mesa.  
 Angel de mi sueño.  
 De mi noche, estrella.  
 Amorosa Madre.  
 Dadivosa Reina.  
 Corazón del Mundo.  
 Esperanza nuestra.  
 Enjuga mi llanto.  
 Alivia mis penas.  
 Bendice a los hijos  
 de esta noble tierra.  
 Da luz a sus ojos,  
 paz a sus conciencias,  
 fe a sus corazones,  
 Madre de la Sierra.

No hemos preguntado al principio: ¿Qué tendrá la Virgen que todas las artes bellas exultan cuanto la miran? Y vamos a responder con frases del Doctor Morcillo:

«Con el salmista podemos decir que la belleza de la Virgen es interior y que es ésta la que ha movido plumas y pinceles, porque la belleza física, sin duda singular, nunca ha sido contemplada por los artistas.

Es ante todo, la belleza del alma de una criatura humana a la que nunca maltrataron ni hirieron el pecado original ni los pecados personales a y la que la gracia revistió de blancura. De la limpia concepción de la Virgen parten los primeros trazos del boceto que el arte dibujará y enriquecerá siglo tras siglo con los estilos propios de las diversas escuelas.

Es también la belleza que en el rostro de su alma imprimió la feliz anunciación con que la Esclava del Señor llena de gracia se convirtió en la bienaventurada Madre de Dios a la que ensalzarán todas las generaciones.

Y es la belleza de una maternidad virginal celebrada en Belén con música de ángeles y de pastores, y realzada por la regia adoración de los magos, traídos por la estrella como primeros embajadores de la gentilidad.



Y es la belleza de una madre de familia, solícita en realizar todas las faenas del hogar pobre que es el de Nazaret, y en guardar en su corazón todos los latidos con que su Hijo manifiesta que ha venido a cumplir la voluntad del Padre.

Y es la belleza de una Madre que en las Bodas de Caná empieza a ejercer su maternidad espiritual por la insinuación de un milagro que salva el honor de los esposos y mueve a los apóstoles a creer por primera vez en Jesucristo.

Y es otra vez la belleza dolorosa y esperanzada de una Madre en pie junto a la cruz, ofreciendo el sacrificio con que su Hijo se ofrecía e inmortalaba para la redención de todos los hombres.

Y es la belleza de una Madre espiritual que con los Doce vive las primeras jornadas de la Iglesia naciente, asistiendo al templo de Jerusalén para oír la lección de la Ley y de los profetas y participando en la plegaria y en la fracción del Pan eucarístico que se hacía en las casas de los primeros discípulos de Jesús.

Y es la belleza de una criatura liberada de la corrupción del sepulcro y glorificada en cuerpo y alma como precursora de los redimidos que en la parusía final del Señor serán también glorificados si finalmente siguieron a Cristo, camino, verdad y vida.»

Ciertamente que la pintura y las buenas letras no tiene que justificarse para presentar a María como modelo y prototipo de la belleza.